

En esa labor un lugar predominante cabe a las universidades católicas que hoy día encuentran su máxima razón de ser en el campo social; porque ellas "pueden proseguir el esfuerzo de síntesis — entre la diversidad de disciplinas y la formación de la personalidad del estudiante— hasta la clave de bóveda del edificio, pues esta unidad no tenderá hacia su perfección sino en la medida en que se busque en Dios; en la caridad esclarecida por la ciencia, según la verdad única del Evangelio, bajo la dirección de la Iglesia una y santa" (S. S. Pío XII, Mensaje al XXII Congreso, Quebec, 1952).

Los que de todo el mundo bajaron al Plata, ya han vuelto a sus países, distribuidos en cinco continentes. Las pala-

bras que fueron dichas, cuyo espíritu fundamental hemos tratado de transmitir en estas líneas, restan hoy escritas en el papel. Será función de cada uno de los católicos comprometidos en la universidad, el asumir la responsabilidad social que les incumbe en cuanto católicos y en cuanto universitarios.

Si se piensa en las palabras con que Eduardo Frei Montalvo inició el debate del tema, el conocer y valorar esa responsabilidad y el dar testimonio claro y vigoroso de una doctrina social, es imperativo; porque "no sería honesto diluirse en reuniones más o menos académicas" ya que "eso sería un lujo que no podemos permitirnos en esta y muchas otras partes del mundo". ♦

## paralización del país

**A** pesar de todo lo que se ha dicho, podemos afirmar que la crisis actual no tiene solamente un sentido económico. La situación política es la que engendra la desconfianza y de aquí nace todo el problema económico. Todo comerciante gira con un pasivo más o menos importante que no significa ningún peso gravoso mientras cuenta con la confianza de los demás miembros de la comunidad comercial. Si llega a perder esa confianza entonces el pasivo se torna peligroso. Lo mismo ha sucedido con la Argentina. El desequilibrio político ha planteado a todos sus acreedores la conciencia de que es necesario cobrar cuanto antes y huir de un país que no da garantías políticas.

Lo más grave es que nadie hace nada eficaz par aconjurar la situación política. Está prácticamente en manos de las Fuerzas Armadas y éstas, como es lógico, no comprenden lo que sucede en un campo

en el que no tienen suficiente experiencia.

Los partidos políticos con la amenaza pendiente de su estado de asamblea y de caducidad de las autoridades se debaten en sus desgarramientos internos sin presentar una solución.

¿Y el pueblo? Mira cada vez más asombrado lo que sucede a su alrededor en lo que no tiene parte pero cuyas consecuencias las paga siempre él. Ve ante sí cada vez más amenazante el problema de la desocupación. Fábricas que se cierran o por lo menos que no reciben más obreros. Sueldos atrasados en el sector estatal. Se le ha pedido una y otra vez un esfuerzo para sacar al país de la mala situación y ha respondido admirablemente contribuyendo con su esfuerzo a que el país superara sus crisis económicas, pero una vez más se ve acosado por problemas que no son de su incumbencia. Basta señalar el trágico hecho de la usina del Dock Sud. En un día de

movimientos de tropas, de nerviosismo político, una gran barriada popular queda sin luz y sin agua inmediatamente. Un bombero es muerto ametrallado por guardias militares. De todo ese inquietante movimiento de tropas para toda la zona sur de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, queda como único saldo: menor cantidad de luz, días sin agua y un servidor público muerto. Ante esa situación ¿cuál fue la reacción popular? Seguir aguantando. Y todavía más: dos de los sindicatos más representativos: Luz y Fuerza y el de Obras Sanitarias, deciden suspender las ventajas de los convenios colectivos para trabajar a todo vapor para resolver los problemas angustiosos creados a esa gran porción de población. ¿Alguna prensa sería ni comentó esta decisión de los sindicatos como si fuera lo lógico y como si no encerrara un gran gesto de solidaridad humana.

Generalmente el pueblo obedece por temor y presión de los dirigentes sindicales que decretan huelgas generales (de las cuales aquél está harto) sin otros frutos que empantanar más la economía

general y también la familiar. Con esas actitudes dan aún más pretexto a los que rumian la posibilidad de dictaduras prolongadas.

La actitud que todavía hoy guarda el pueblo argentino ante la torpeza de los dirigentes no debe llamar a engaño a nadie. Un pueblo puede soportar durante bastante tiempo el ser mal conducido, pero cuanto más tiempo se le da, más violenta será la reacción. No se puede jugar impunemente con el futuro y la tranquilidad de una población, sin ser afectado después por las reacciones que indudablemente tendrán que producirse.

El peronismo ha dado la señal de esas reacciones: apertura hacia la izquierda, desobediencia civil. No creemos que la masa lo siga. Se probó en el terrorismo que pretendió imponer no hace mucho. Pero, si ayer y hoy la masa no reacciona, no significa que mañana tampoco lo haga, cansada de esperar mejor conducción.

Lo trágico no es que el comunismo avance; la gravedad de la situación está en que el comunismo no hace más que ocupar el vacío que los dirigentes ineptos abren con sus fracasos. ♦